

UNA IGLESIA DEVORADA POR SU PROPIA SOMBRA

HACIA UNA COMPRENSIÓN INTEGRAL
DE LA CRISIS DE LOS ABUSOS
SEXUALES EN LA IGLESIA CATÓLICA

Una Iglesia devorada por su propia sombra

Hacia una comprensión integral de la crisis de los abusos sexuales en la Iglesia católica

© Camilo Barrionuevo Durán

Ediciones Universidad Alberto Hurtado
Alameda 1869 · Santiago de Chile
mgarciam@uahurtado.cl · 56-228897726
www.uahurtado.cl

Impreso en Santiago de Chile
Primera edición enero de 2021

ISBN libro impreso: 978-956-357-279-7
ISBN libro digital: 978-956-357-280-3

Los libros de Ediciones UAH poseen tres instancias de evaluación: comité científico de la colección, comité editorial multidisciplinario y sistema de referato ciego. Este libro fue sometido a las tres instancias de evaluación.

Dirección editorial
Alejandra Stevenson Valdés

Editora ejecutiva
Beatriz García-Huidobro

Diseño interior y portada
Alejandra Norambuena

Imagen de portada: *Hércules y la Hidra de Lerna*, de Marco Angolo del Moro.



Con las debidas licencias. Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

UNA IGLESIA DEVORADA POR SU PROPIA SOMBRA

HACIA UNA COMPRENSIÓN INTEGRAL
DE LA CRISIS DE LOS ABUSOS
SEXUALES EN LA IGLESIA CATÓLICA

CAMILO BARRIONUEVO DURÁN

uah/Ediciones
Universidad Alberto Hurtado

“La verdad os hará libres”.

(Juan 8, 32)

Primero, a las víctimas y sobrevivientes del horror.
Luego, a los posibles futuros agresores...
Para que encuentren el camino de salida.

CONTENIDO

AGRADECIMIENTOS.....	13
PREFACIO PERSONAL.....	17
PRÓLOGO.....	23
INTRODUCCIÓN.....	27
CAPÍTULO I	
La sombra.....	57
CAPÍTULO II	
Narciso oculto en la sombra.....	75
CAPÍTULO III	
Clericalismo o el narcisismo institucional.....	131
CAPÍTULO IV	
La sombra del <i>bypass</i> espiritual.....	161
CAPÍTULO V	
El lado oscuro del poder en las relaciones pastorales.....	189
CAPÍTULO VI	
Súper humanos. La sombra de la soberbia del clero.....	233
CAPÍTULO VII	
Una sexualidad sombría, secreta y oscura. Sobre el problema del celibato.....	269

CAPÍTULO VII

Abuso a la mujer en la Iglesia. En las sombras de las sombras.....315

CONCLUSIONES375

NOTAS 399

AGRADECIMIENTOS

La tarea de emprender la escritura del presente trabajo me ha permitido volver a ser consciente de nuestra fundante inter-dependencia como seres humanos. En mi experiencia, el acto de sentarme a escribir me ha ofrecido la posibilidad de que emerja como trasfondo toda aquella inmensa red de circunstancias que se han debido articular para que yo pueda tener el enorme privilegio de contar con el espacio, la tranquilidad y las condiciones necesarias para poder llevar a cabo esta labor de buena forma. Por otra parte, al escribir también ha emergido el enorme desfile de voces, interacciones, personas significativas, diálogos y experiencias que, como amorosa red invisible, me han sostenido, nutrido y alimentado en mi reflexión. Volver a escribir ha sido redescubrir que la soledad e independencia aparente del escritor nunca es tal, y que cuando me siento a escribir se sientan conmigo toda esa vasta caravana de sucesos y seres que me acompañan e inspiran desde el silencio. A algunos de ellos me gustaría agradecerles de manera explícita en este espacio.

Parte significativa del material que ha alimentado mi reflexión sobre el problema de la crisis de la Iglesia ha tenido una doble vertiente: mi experiencia como docente y como psicólogo clínico. Las charlas y conversaciones que he tenido con mis alumnos —ya sea en contexto académico universitario tradicional o en medio de cursos breves y encuentros con miembros del clero y con comunidades religiosas— han sido fundamentales para ir escuchando, desde dentro, las vivencias, problemáticas, dinámicas, sufrimientos y esperanzas que han girado en torno el problema de los abusos en la Iglesia. Muchos de los *insights*, hipótesis y comprensiones que desarrollo en este libro son fruto directo de esas interacciones. La segunda gran influencia que he recibido proviene

directamente de mis pacientes, hayan sido ellos víctimas directas de abusos producidos en el contexto eclesial o personas que como miembros activos de la Iglesia —laicos y laicas comprometidos, sacerdotes, religiosas, seminaristas en formación y consagrados/as— se han visto afectados, en diversos grados y de distintas maneras, por las dinámicas sombrías eclesiales que elaboro a lo largo de este proyecto. Este libro es fruto de los años de trabajo en los que he tenido la fortuna de poder acompañar como psicoterapeuta a todas estas personas en sus confusiones, sufrimientos, interrogantes, luchas y anhelos. Ello no solo me ha conmovido y transformado significativamente a nivel humano, sino que también me ha hecho entrar en contacto anímico directo con las dimensiones más sombrías y siniestras que habitan en el seno del mundo de la Iglesia católica. Aunque suene paradójico, les estoy muy agradecido por ello.

También me gustaría agradecerles a algunas personas individualmente por sus aportes e influencias sobre este trabajo. A Tony Mifsud y Juan Rauld de la revista *Mensaje* por ser los primeros que me invitaron a reflexionar y a escribir con mayor detención sobre esta temática. A Carolina del Río y Carlos Schickendantz por las conversaciones, talleres y charlas que compartimos sobre la crisis de la Iglesia, las que fueron para mi fuente de aprendizaje y de inspiración. A Fernando Díaz por esos almuerzos reflexivos compartidos que tenían como temática de fondo las materias que ocupan los siguientes capítulos.

Me gustaría también agradecerles a mis compañeros y compañeras del grupo de reflexión teológica Manuel Larraín, con quienes sorpresivamente iniciamos un trabajo reflexivo paralelo de escribir un libro sobre la crisis de la Iglesia cuando yo llevaba ya unos meses de escritura al respecto. Las conversaciones, discusiones grupales, análisis de textos y escritura conjunta sobre este problema fue un gran incentivo y aliciente para poder avanzar a través de este libro, el cual considero una especie de primo hermano del trabajo que realizamos colectivamente*.

* Hago referencia aquí al libro *Vergüenza. Abusos en la Iglesia católica*, Ediciones UAH, 2020.

Estoy en deuda también con Francisco Jiménez, con quien tuve el gusto de facilitar un curso sobre el problema de la crisis en la Iglesia en el Centro de Espiritualidad Ignaciano y cuyo pensamiento ha terminado influenciado sobretodo la forma como abordó el problema del clericalismo que realizo en el Capítulo III de este libro. Así mismo, quisiera agradecer la generosidad de Román Guridi quien me ha compartido parte de su notable trabajo doctoral sobre ecoteología, lo que me abrió valiosas referencias académicas sobre el problema de la *kenosis* desde la perspectiva teológica feminista (discusión abordada en el último capítulo de este libro). Por último, quiero agradecerle a José Murillo por su entusiasmo respecto este trabajo y por su apoyo para que este pueda tener un buen destino editorial.

En el ámbito familiar me gustaría agradecer la generosa ayuda y presencia de mis suegros, Marcelo Carrillo y Sandra Aedo, durante todos los meses que demoró la realización de este proyecto. En tiempos de alta intensidad familiar —entre puerperios e inesperados movimientos laborales— su constante y amoroso apoyo fue fundamental para que este trabajo haya llegado a ver la luz. Les estoy muy agradecido por ello.

Finalmente —*last but not least!*— la persona que definitivamente ha sido la más relevante y significativa en la realización de este trabajo es mi colega, mejor amiga, principal editora —implacable lectora crítica— mi compañera, madre de mis hijos y mi esposa, Francisca Carrillo. Francisca no solo fue la persona que se le ocurrió la idea de que yo podría escribir un libro sobre el problema de la crisis de los abusos en la Iglesia, sino que además ha sido una fuente constante de aliento, sostén y apoyo para que yo pudiera llevar a cabo esta particular empresa. Francisca ha soportado mis reflexiones monotemáticas sobre la materia, me ha ayudado a revisar críticamente mi trabajo y me ha contenido cuando me he desmoralizado o contaminado emocionalmente con los contenidos sombríos que he estado estudiado. Además, con una enorme generosidad de espíritu ha generado las condiciones cotidianas familiares para que yo pueda abordar y terminar esta tarea. Este libro no existiría si no fuera por su sincero amor, por lo que estoy profundamente agradecido.

PREFACIO PERSONAL

El presente libro es una de esas experiencias en la vida que no han sido planificadas, deseadas o concebidas de antemano sino que se imponen y precipitan sorpresivamente en nuestro camino. En febrero de 2018, en un momento en que me encontraba en medio de una redefinición de mi quehacer laboral, me sentí impelido a elaborar algunas reflexiones sobre el problema de los abusos sexuales clericales, en parte conmovido y espantado por los estremecedores casos que, de manera continua e ininterrumpida, seguían develándose en la sociedad chilena. El papa Francisco había recién visitado el país —la que fue cataloga por muchos medios internacionales como “la peor” de su pontificado— y su desastrosa defensa del obispo Juan Barros, uno de los principales colaboradores del condenado exsacerdote Fernando Karadima, no hizo más que incendiar el debate en torno al problema de los abusos sexuales clericales en Chile. Personalmente, llevaba ya unos años conectado directa e indirectamente con este tema debido a mi actividad profesional como docente y psicoterapeuta, y consideré que algo de mi doble formación clínico-teológica podría, quizás, darme algún prisma particular para intentar abordar la materia. Con muchas dudas elaboré algunas incipientes impresiones e hipótesis personales en una columna de opinión que apareció en un medio electrónico de la prensa nacional¹. Para mi sorpresa, algo de lo que yo había logrado articular como hipótesis explicativa del fenómeno le hizo sentido a decenas de personas las que me enviaron sus mensajes, notas y comentarios al respecto.

Un par de meses después Tony Mifsud y Juan Rauld de revista *Mensaje* me contactaron pidiendo si podía elaborar con mayor profundidad algunas de las ideas sobre la crisis que había desarrollado en esa columna. Para mi sorpresa el ejercicio de

rescribir el breve artículo que realicé para *Mensaje* —titulado de la misma forma que el presente libro— me dejó con un sabor agridulce, y me sentí sumamente frustrado e insatisfecho por no haber podido, dadas las limitaciones de espacio, desarrollar con la profundidad que merecían las ideas que ahí había planteado. Conversando sobre esa sensación de incomodidad con mi esposa, ella menciona al pasar: “¿Por qué, entonces, no escribes un libro sobre el tema?... ya tienes incluso los capítulos del libro por cada idea que has desarrollado en ese artículo”. Comentario que resultó ser el más efectivo “*inception*” —¡espero!— que ella ha realizado este último tiempo.

La idea original fue entonces poder escribir un breve ensayo, lo más alejado posible de la jerga académica, en el cual no tuviera ninguna limitación de espacio para ahora si poder elaborar con tranquilidad las incipientes hipótesis que, desde mi experiencia clínica-académica, había intuido sobre esta materia. Sin embargo, antes de empezar a escribir consideré que sería un poco más serio y responsable de mi parte dedicarme a revisar —aunque sea someramente— qué era lo que se había estado escribiendo e investigando sobre el problema de los abusos sexuales en la Iglesia a nivel internacional para poder realizar un comentario más informado. Abrir esa puerta tuvo dos resultados imprevistos. El primero fue constatar que, para mi desilusión, varias de las hipótesis que yo había desarrollado en base a mi experiencia clínica directa ya habían sido planteadas, y que mis impresiones coincidían con lo que otros autores internacionales, que llevaban años investigando el problema, habían postulado. Lo segundo que sucedió fue que un alud de investigaciones, libros, estudios, *papers* y análisis de casos se me vinieron encima y los meses siguientes fueron de una intensa asimilación del estado del arte sobre esta materia, lo que terminó trasformando y redefiniendo por completo la naturaleza de mi propuesta. En ese camino este libro creció de forma considerable respecto de su diseño original y quedó transformado en una especie de híbrido entre una reflexión informada, una hipótesis diagnóstica comprensiva multisistémica y una investigación académica dedicada a un público no académico.

La naturaleza híbrida de mi trabajo ha implicado el esfuerzo consciente de intentar evitar, en la medida de lo posible, un lenguaje técnico que obstaculice la comprensión de las siguientes tesis por parte del lector no especializado. Sin embargo, en el camino he debido recurrir a diversos conceptos y debates académicos, tanto del mundo de la psicología como de la teología, aunque intentado mantener un lenguaje lo más sencillo y directo posible, sin por eso traicionar o desdibujar, espero, el contenido de las ideas y perspectivas teóricas aquí discutidas. El particular uso de las referencias y citas que hago en el libro —fuera de toda convención académica formal— se explican por el deseo de no abrumar al público proveniente del mundo informal con múltiples referencias cada coma o punto seguido. He dejado la inserción de notas referenciales dispuestas al final del libro para que los lectores especializados puedan hacer uso de las fuentes en que baso mi reflexión, aunque intentado reducir el número de referencias a los casos que resulta estrictamente necesario para no incurrir en una falta ética de probidad.

Desde mi juventud temprana he estado vinculado a la pregunta por el Espíritu y la extraordinaria capacidad humana de explorarlo, conocerlo y vivenciarlo de una manera íntima y transformadora. Sin embargo, en mi propia búsqueda espiritual he encontrado, de forma desoladoramente constante, espacios, personas y comunidades en las que los guías y facilitadores espirituales han cometido actos abusivos, realizado perversas trasgresiones de límites, usando su rol de autoridad y poder para satisfacer sus propias necesidades personales irresueltas a expensas de quienes decían proteger y acompañar, causando en el camino un daño devastador.

Mi primer encuentro con el lado oscuro de la espiritualidad sucedió hacia el final de mi época universitaria. En aquel entonces atravesaba un período de crisis con mi tradición religiosa fundante, el cristianismo, y me había interesado en el estudio y práctica del camino de la meditación budista. Había encontrado en mis compañeros de generación de la escuela de psicología de la Pontificia Universidad Católica de Chile una entusiasta y amorosa *sangha*, una apasionada comunidad de jóvenes con los que

nos abocábamos al estudio conjunto de textos sagrados y académicos, además de tener una participación activa en prácticas de meditación semanales y retiros de silencio. En ese contexto, varios de nosotros pasamos muchos años de nuestra vida vinculándonos con un centro de meditación zen instalado en el norte de Chile, donde se vivía comunitariamente y se enseñaba la práctica de la meditación. El carismático líder de ese lugar desarrolló un fuerte vínculo emocional y espiritual como mentor y guía de muchos de nosotros, quienes admirábamos su dedicación y compromiso con la práctica. Personalmente, fue mi primera experiencia significativa de mentoraje y guía espiritual, con el consecuente “enamoramiento espiritual” que dicho proceso suele implicar. Por desgracia, ese primer encuentro significativo tuvo un final destructivo. Al cabo de unos años de participar activamente en esta comunidad, un amigo cercano tuvo el coraje de contarnos que había sufrido dinámicas abusivas y de transgresión de límites de parte de aquel maestro de meditación. Su testimonio se hizo público y a dicha develación le siguieron varios otros testimonios de otros jóvenes que ratificaban el mismo patrón relacional abusivo. El *shock* fue tremendo y desolador. ¿Cómo entender que alguien tan fuertemente dedicado a un camino espiritual y a la práctica de la meditación, que a todas luces había creado un ambiente auténtico y fecundo, fuera capaz de acciones abusivas tan terribles y dañinas? Por cierto, al *shock* inicial le siguió el producido por la reacción que tuvo parte importante de la comunidad de comenzar a justificar y racionalizar los actos abusivos. Dicha sangha literalmente se partió en dos entre quienes normalizaban la situación hablando de “relaciones amorosas entre adultos” y quienes afirmamos que estábamos en presencia de un peligroso patrón abusivo que requería ser interrumpido, prevenido y reparado. Lo que vino después fue parte del amargo ciclo de violencia que suele estar presente en la develación de dinámicas abusivas en el contexto de una comunidad espiritual-religiosa: culpabilización a las víctimas, negación de la realidad, uso del lenguaje espiritual para cubrir las dinámicas abusivas, uso de redes de poder político-sociales para la propia protección e incluso amenazas a la integridad física de quienes habíamos decidido denunciar.

En el camino que he recorrido desde entonces he tropezado, una y otra vez, con el problema de los abusos que se realizan en las relaciones de ayuda que están mediadas por una búsqueda e inquietud de tipo espiritual. Ya sea en los años en que trabajé en la alta Amazonía peruana —donde conocí de cerca el problema endémico de los “curanderos oscuros” que abusan y se aprovechan de los buscadores espirituales en el contexto del trabajo con estados amplificadas de conciencia— o en el familiarizarme con algunas sofisticadas y elitistas comunidades budistas “integrales” de la cultura estadounidense —con la repetición de las dinámicas abusivas de parte de sus guías, maestros y gurús espirituales—, o en el ambiente de la Iglesia católica bostoniana y chilena; me he encontrado atestigüando y acompañando historias y relatos de vidas trizadas por el abuso, la violencia espiritual y el encubrimiento. En este caminar he encontrado a honestos y sinceros buscadores espirituales, de distintas tradiciones, que cargan consigo uno de los dolores más agudos y desoladores que puede experimentar un ser humano: el de ser manipulado y traicionado en la confianza que fue depositada para emprender el camino de encuentro con lo trascendente. Es con ellos en mente desde donde escribo y es a ellos a los que intento honrar con el presente trabajo.

Una final confesión de buena fe. Pese a mi particular recorrido es importante relevar que hoy escribo “desde dentro” de esta tradición religiosa llamada Iglesia católica, y ello, sin duda, ha de delimitar y teñir los lentes con que miro el problema que a continuación intento abordar. Aunque personalmente me sienta llamado a habitar en la periferia de dicha tradición —y desde ahí poder construir puentes de diálogo y encuentro tanto con los que están en el “núcleo duro” como con aquello que habita “más allá de los muros”— soy muy consciente de que mi escritura no es “objetiva” ni “desafectada”. Por el contrario, la reflexión que elaboro en este libro está impregnada de emociones y anhelos, específicos. Escribo conmovido. Escribo con esperanzas de una transformación constructiva.

Este particular posicionamiento se debe, además, a que considero que la reflexión y el encuentro con lo sombrío demanda

precisamente el dejarse afectar a nivel personal y humano, más allá de toda pretensión de intentar generar un conocimiento “puro” o “desidentificado”. Es justamente a través del experimentar el impacto somático, emocional e ideacional de lo sombrío que el proceso de conocimiento y elaboración reflexivo puede emerger, proceso que, por desgracia, no está exento de cierta incomodidad, dolor e incluso sufrimiento consciente. Para ser conocida la sombra debe ser sostenida y padecida voluntariamente ya que el conocimiento implica el volverse íntimo con aquello que se anhela comprender. En mi caso, el intento de exploración y buceo por el alcantarillado de mi propia tradición religiosa —entrando en contacto directo con aquella avalancha de testimonios de abusos, corrupción y podredumbre— ha implicado una buena dosis de dolor, angustia, desolación, cansancio e incluso pesadillas en torno al tema. Escribo justamente a través de esa afectación psíquica y lo que sigue a continuación es mi particular intento de elaboración de lo que encontré en aquellos territorios sombríos.

PRÓLOGO

Mientras no haya una comprensión profunda, rigurosa, multidisciplinaria de la manera en que los abusos sexuales se fueron instalando como una normalidad silenciosa y silenciadora en la Iglesia, es imposible que se enfrenten adecuadamente. En efecto, la única manera adecuada de enfrentar el abuso sexual en la Iglesia —y en la sociedad en general— es echando luz sobre las estructuras oscuras que lo han hecho posible, lo han facilitado, lo han vuelto de tal manera normal que parecía mejor perseguir y silenciar a quienes denunciaban más que a quienes cometían el abuso. Echar luz sobre las sombras es una constante del libro de Camilo Barrionuevo que tienen en sus manos. Han sido las sombras las que han prevalecido en las estructuras de la Iglesia durante mucho tiempo, instalando el abuso como dinámica natural de interacción espiritual. Entre una dinámica abusiva y el abuso sexual hay solo un paso. Un paso en la misma dirección. Porque el abuso sexual es una manifestación del abuso de poder y no un problema de la sexualidad.

El abuso no es solo un acto sino una dinámica, y en tanto tal se cuela en las estructuras organizacionales a modo de violencia simbólica, tiñendo todo el *ethos* de la institución, en este caso la Iglesia, justificando los actos de abuso y de encubrimiento, por razones espirituales y metafísicas. Porque la manifestación más cruda del abuso no es solo el acto de abuso sexual, sino el encubrimiento de tales abusos. El encubrimiento es la piedra angular del abuso sexual clerical —y de toda corrupción— porque pervierte el sistema. El encubrimiento supone dejar de ver el abuso como una vulneración de derechos inaceptable, creando mecanismos psicológicos, organizacionales, sociales, teológicos para “entenderlos”, justificarlos, buscar misericordia para con el abusador —pecador— más que con la víctima.

El encubrimiento del abuso es síntoma, causa y efecto de perversión sistémica en una organización. No solo porque busca proteger a personas que han cometido actos de abuso, sino porque manifiesta que el valor superior es la estructura en cuanto tal y no las personas y su dignidad. La estructura organizacional, la Iglesia como institución, la ley o, en palabras de Jesús, el “sábado”, cobró tanta importancia que todo lo demás, las personas, las víctimas, los niños y niñas, se vieron subordinados a la estructura. De alguna manera hay que invertir el orden del análisis. No son los abusadores que lograron colarse en las filas de la Iglesia los que corrompieron a la Iglesia, sino que la Iglesia fue corrompiéndose, clericalizándose, y transformándose en narcisa, generando un contexto, *habitus* dentro del espacio simbólico de la Iglesia, que normaliza el abuso como un pecado ante el cual hay que ser misericordiosos. Dicho de otro modo, proteger al abusador, porque del abusador depende que siga existiendo la estructura narcisista tal cual ha existido y que lo ha generado. Porque son los contextos los que condicionan (no determinan, pero condicionan) los comportamientos en ellos. En un contexto narcisista, clericalista, lo normal son actos, relaciones, comprensiones de mundo narcisistas. Un acto auténticamente ético en un contexto narcisista es discordante, hasta ser agresivo y amenazante. Las voces de las víctimas y de solidaridad con las víctimas de abuso sexual clerical durante muchos años fueron consideradas por la jerarquía como una persecución a la Iglesia, un riesgo a la autoridad (poder) episcopal, una amenaza. Y el encubrimiento, al contrario, es considerado como lo que había que hacer, la reacción “sana”, normal en un contexto así. En muchas oportunidades nos hemos encontrado con actos de encubrimiento que al parecer son la reacción debida, por lo que se la niega en cuanto tal. Es lo que había que hacer, habría dicho el cardenal Francisco Javier Errázuriz ante la defensa del exobispo Francisco José Cox, denunciado por múltiples actos de abuso sexual infantil, a quien incluso el papa Francisco recientemente expulsó del sacerdocio. El mismo Errázuriz justificó sistemáticamente su actuar en el caso Karadima. Actué conforme al derecho canónico, dijo. Y en sus cartas y comunicados, al referirse al abuso sexual

cometido por sacerdotes, hablaba del daño provocado a la Iglesia, y del dolor del sacerdote abusador antes que del daño provocado a la dignidad de la víctima. Mucho menos haría referencia a la necesidad de justicia. El cardenal Errázuriz constituye solo un botón de muestra del narcisismo institucional. Un botón importante por el poder que ha demostrado tener.

¿Pero puede ser todo diferente? Pensemos en lo contrario, en un contexto sano, en una institución ética, donde el valor real está en la dignidad de las personas, en particular en la defensa de la dignidad de los más frágiles, los niños, niñas, adolescentes y todas las personas que se aproximan al misterio despojándose de sus defensas, en total vulnerabilidad. En una institución así el acto “normal” es de acoger una denuncia, hacer justicia, reparar. Y un acto de encubrimiento, en un contexto ético es una aberración, es discordante hasta la náusea.

Puede la Iglesia romper su estructura narcisista y volverse una institución ética. Para eso tendría que entrar en un profundo cuestionamiento de la manera en que ha ejercido el poder durante los últimos mil años. Y no lo hará sino a la luz del daño que ha cometido. Para esta Iglesia, las víctimas serán eco que interpela hasta debilitar sus defensas narcisistas y perversas, y volverse permeable al dolor y escuchar la voz de la justicia transformadora. Una transformación o conversión hacia su fuente. El narcisismo hizo que la Iglesia se enamorara del poder. Transó la espiritualidad por el poder y con eso perdió espiritualidad y, a la larga, también poder. El daño cometido, del abuso, pero sobre todo del encubrimiento y el silenciamiento de las víctimas, la obliga a despojarse de ese poder perverso. Volverse frágil y, desde esa fragilidad, cobrar una nueva fortaleza. La fortaleza del que es consciente de la fragilidad y desde ahí busca el cuidado, no el poder. Ni siquiera el poder moralizador, sino el cuidado, el cuidado auténtico, el cuidado que escucha el dolor del mundo como una vocación. Esa escucha tendrá que ser la nueva identidad de la Iglesia, si logra superar la actual crisis. La escucha del dolor como vocación auténticamente espiritual. Porque la escucha es espíritu y acción. La Iglesia demostró el fracaso de su opción política al aferrarse y enamorarse de sí misma

como institución poderosa. Ahora esperaremos una nueva versión de ella misma vuelta hacia lo espiritual. Ese es el camino de salida de la habitación narcisista en la que se encuentra enceguecida: seguir la voz de quienes han sufrido por su propio daño, para cuidar, prevenir, consolar, reparar. El tiempo dirá lo suyo.

JOSÉ ANDRÉS MURILLO PH.D.

Director ejecutivo
Fundación para la Confianza

INTRODUCCIÓN

La idea de que defecto, sombra u otra
desgracia podría alguna vez
causar que la Iglesia tenga necesidad de
restauración o renovación
es condenada de esta forma como
evidentemente absurda.

Papa Gregorio XVI, 1832

“Esta es la peor crisis que ha sufrido la Iglesia católica desde el cisma de la reforma de Lutero” afirmó conmovido un amigo sacerdote con el que me reuní a conversar hace poco tiempo atrás. Sin ser él un experto en el problema de los abusos sexuales de la Iglesia, me expresaba un sentir que se encuentra presente no solo en una parte importante del mundo católico confesional, sino que también encarna una apreciación diagnóstica que es posible de encontrar en la voz de innumerables autores, académicos e investigadores que han dedicado sus esfuerzos reflexivos e intelectuales a comprender la crisis que vive la Iglesia católica. Por cierto, uno puede estar legítimamente en desacuerdo teórico respecto de la “gravedad” de la actual crisis de la Iglesia. Sin embargo, creo que la experiencia emocional que está implícita en la declaración de mi amigo se condice bastante con la vivencia de muchos laicos y religiosos en nuestra sociedad: existe una sensación ambiental de que la Iglesia católica —probablemente una de las instituciones humanas que más influencia ha tenido en el modelamiento del alma de la cultura occidental— se encuentra crujiendo y resquebrajándose, quizás hasta sus mismos cimientos.

Desde la década de los ochenta, y con mayor decisión desde los noventa en adelante, en occidente se ha producido una verdadera avalancha de denuncias públicas sobre abusos sexuales sistemáticos que decenas de miles de sacerdotes, religiosos y religiosas han cometido contra niños, niñas y adolescentes pertenecientes a sus comunidades eclesiales. En estos casi treinta años de develamiento progresivo e ininterrumpido han surgido incontables testimonios y relatos de víctimas que nos hablan de miles de crímenes de parte de miembros del clero católico, los que van desde el ejercicio de la violencia física y psicológica, a la manipulación de conciencias, la extorsión, el abuso de poder, el abuso sexual, la violación y la tortura.

Por otra parte, se ha develado un esparcido sistema de encubrimiento de estas conductas abusivas y delictivas que ha sido llevado a cabo por obispos y autoridades eclesiales. En nuestra sociedad ha causado casi tanto o mayor impacto, desconcierto e indignación la constatación del patrón de protección y encubrimiento criminal que la Iglesia —en tanto institución— ha ejercido durante décadas, que los casos de abusos sexuales en sí mismos. En ese sentido, ha habido una aguda y dolorosa toma de conciencia general de que estos sacerdotes, religiosos y obispos miembros de la Iglesia católica —una Iglesia que dice ser heredera del mensaje de Cristo—, se han comportado con un nivel de malignidad propia de los peores criminales que pululan en los regímenes dictatoriales. Es decir, que nuestros pastores y líderes espirituales han encarnado y accionado el peor aspecto del género humano, a saber, la capacidad de abusar, instrumentalizar, dominar y parasitar destructivamente a personas que están en una condición de vulnerabilidad y dependencia comparativa.

Tomar conciencia de la gravedad y profundidad del problema no ha sido fácil. Ciertamente ha habido una enorme resistencia para poder nombrar y escuchar la realidad de los abusos sexuales, y en grandes sectores del mundo de la Iglesia la primera reacción ha sido la de negar, descreer y/o minimizar la gravedad del problema. Solo con el paso de los años, y con la abrumadora cantidad de evidencias sobre lo anquilosado que estas prácticas abusivas han estado en el interior de la Iglesia, es que se ha llegado a un reconocimiento general de las dimensiones que el problema de los abusos

—y el patrón de encubrir y proteger a los perpetradores— ha significado para el mundo católico. En ese sentido, mi percepción es que nos hemos movido de un clima de negación y minimización del problema, a uno donde el aturdimiento, confusión, y desorientación son los estados emocionales que priman. Ciertamente también han emergido la rabia, la indignación moral y el dolor como respuestas espontáneas colectivas saludables ante la realidad de estos abusos, pero junto con ellas muchas veces la experiencia personal y colectiva de mirar de frente el horror de los abusos sexuales en la Iglesia, se asemeja a la vivencia de quedar petrificado ante un tsunami de malignidad que se yergue gigantesco frente a nosotros.

Escuchar los relatos de las víctimas nos aturde y nos aplasta, nos confronta y nos desafía, y a ratos la experiencia de estar en contacto con el dolor de nuestros prójimos abusados nos deja con una sensación de estupefacción. ¿Cómo ha sido posible que esto sucediera? ¿Cómo entender que en el seno mismo de la Iglesia —una Iglesia dedicada supuestamente a la protección de los más débiles e indefensos— se produjera este nivel de daño y victimización? Nos encontramos en ese sentido experimentando un aturdimiento similar al que debe haber sufrido Pandora al entreabrir la caja prohibida, y constatar, perpleja, como la avalancha de los males se desbordaba por el mundo. En nuestro caso, la caja eclesial que contenía sellada e invisible los horrores vividos por cientos de miles de niños, niñas y adolescentes se ha destapado de forma irreversible; y, para nuestro espanto y pese a que hace al menos treinta años que se viene vaciando, no parecen haber señales de que estemos cerca de terminar de conocer toda la verdad de lo que yacía escondido en el interior de nuestras iglesias, colegios y comunidades.

DIMENSIONANDO LA GRAVEDAD DEL PROBLEMA

Es importante respaldar las afirmaciones iniciales respecto de la gravedad de la crisis de los abusos sexuales en la Iglesia con información que resulte legítima y fidedigna acerca de cómo esta se

ha manifestado concreta y operativamente. Existen, en ese sentido, algunos datos investigativos relevantes que sería bueno discutir de forma introductoria. Esto resulta adecuado de realizar ya que aún existen ciertos círculos en que se desprecia de la seriedad del problema (personalmente aun me ha tocado escuchar quienes afirman que hay una injusta persecución hacia la Iglesia y que comparado con la prevalencia de los abusos sexuales en el resto de la sociedad, lo de la Iglesia no es un problema en sí particularmente sintomático o significativo). Por tanto, considero pertinente realizar al menos una somera revisión de los hitos mundiales respecto de este conflicto. No pretendo con ello dar un minucioso, acabado y definitivo informe de todos los casos de abusos sexuales eclesiales en el mundo —objetivo que escapa al espíritu de esta reflexión y que, por lo demás, periodistas e investigadores ya han hecho ese trabajo de una forma más completa de lo que yo mismo podría realizar— sino que traer al frente algunas de las investigaciones y casos más emblemáticos para ilustrar el alcance y gravedad de este problema. Por su valor simbólico e impacto mundial me gustaría discutir brevemente los casos de Estados Unidos, Irlanda y Australia, luego de lo cual me referiré de forma esquemática al escenario latinoamericano, y, específicamente, al caso de los abusos sexuales en la Iglesia chilena.

Hay cierto consenso en fijar como uno de los hitos que marca el comienzo de las denuncias públicas contra sacerdotes en Estados Unidos, las acusaciones realizadas en Luisiana contra Gilbert Gauthe, en el año 1983. Durante el juicio, Gauthe admitió que había abusado de 37 niños de su comunidad, los que aparte de ser violados por él eran forzados a tener relaciones sexuales grupales entre ellos bajo amenaza de muerte —Gauthe los intimidaba con su pistola si se rehusaban a sus demandas sexuales— mientras él fotografiaba dichos encuentros. Posteriormente, durante su tratamiento en prisión le confiesa a su psicoterapeuta haber abusado al menos 100 niños y niñas¹. El caso de Gauthe es significativo ya que pone el tema de los abusos sexuales de sacerdotes católicos por primera vez en la prensa nacional estadounidense y, además,

devela el *modus operandi* de la jerarquía eclesial para manejar este tipo de situaciones: traslados de parroquia, encubrimientos, amedrentamientos a las familias y/o arreglos económicos extra oficiales condicionados a silenciamiento público.

Uno de los primeros trabajos reflexivos que emergieron a raíz del caso Gauthe fue *El problema del abuso sexual por el clero católico romano* (1985), el que fue elaborado por Ray Mouton, Thomas Doyle y Michael Peterson, escrito que sería popularmente conocido como “el manual”. En ese profético trabajo se postuló la tesis de que la comprensión del abuso sexual clerical debía implicar consideraciones legales judiciales, canónicas, clínicas y espirituales. Pese al tono de urgencia advirtiendo la seriedad y gravedad del problema y que sus autores enviaron su trabajo para su discusión a la Conferencia de Obispos Católicos Estadounidenses, la jerarquía de la Iglesia hizo caso omiso de sus recomendaciones. Sin embargo, con el transcurrir del tiempo, “el manual” tendría una importante influencia en las décadas siguientes para la comprensión de la crisis de la Iglesia estadounidense².

El nivel de prensa que adquirió el caso Gauthe alentó a que comenzara una ola de denuncias hacia otros sacerdotes involucrados en abusos sexuales en el estado y creó un efecto dominó a nivel nacional. Entre 1983 y 1987 hubo un promedio de una denuncia a la semana relacionada con casos de abusos sexuales perpetrados por sacerdotes católicos a lo largo y ancho de Estados Unidos³. Para comienzo de los años noventa ya habían suficientes antecedentes investigativos de que el problema de los abusos sexuales en la Iglesia católica de Estados Unidos era una realidad incómoda, quemante y ciertamente no reducible a la noción de “casos aislados”⁴.

Sin embargo, iba a ser el escándalo y terremoto del develamiento de los abusos sexuales de la arquidiócesis de Boston, los que, en enero de 2002, gracias al notable trabajo investigativo realizado por el equipo de *Boston Globe*⁵, mostraría la profundidad y severidad del problema vivido en el interior de la Iglesia católica. El símbolo de esa tragedia iba tener dos rostros concretos, el sacerdote John Geoghan y el cardenal Bernard Law. El primero de

ellos abusó de al menos 130 niños, mayoritariamente prepúberes de sectores marginales vulnerables, entre los años 1960 y 1998. El cardenal Law en cambio, fallecido a finales del año 2017, pasaría a la historia como el responsable directo de uno de los mayores encubrimientos sistemáticos documentados en la Iglesia católica; ya que solamente en la arquidiócesis de Boston, se descubrió que alrededor de 237 sacerdotes cometieron delitos de abuso sexual a menores durante décadas, al amparo del minucioso trabajo de encubrimiento perpetrado por dicho cardenal. Paradójicamente, luego de aceptar su renuncia, Juan Pablo II le traslada al vaticano y le nombra arcipreste de la basílica de Santa María la Mayor —una de las más importantes de Roma—, llegando incluso a participar en la elección del papa Benedicto XVI en el año 2005.

En el año 2004 se publica uno de los trabajos investigativos más serios y exhaustivos realizados a la fecha para evaluar el alcance del problema de los abusos sexuales en la Iglesia católica de Estados Unidos. Dicha investigación fue solicitada por la Conferencia de Obispos Católicos de Estados Unidos y la realizó el equipo del prestigioso John Jay College de Justicia Criminal, la cual fue liderada por la doctora Karen Terry. El estudio llevado a cabo por el equipo John Jay documentó 4.392 sacerdotes con denuncias fidedignas de haber cometido agresiones sexuales a menores de edad entre los años 1950 y 2002, lo que representa el 4,3 % de los sacerdotes diocesanos y el 2,5 % de los sacerdotes de órdenes religiosas de todo el país⁶. Sin embargo, se ha estimado que el porcentaje real de sacerdotes que han cometido abusos es bastante superior. Argumentos que sustentan dicha hipótesis son: 1) hubo una significativa cantidad de sacerdotes diocesanos y religiosos que no fueron incluidos en el estudio; 2) la información enviada a los investigadores dependía directamente de los obispos y la verosimilitud de los registros eclesiales, lo que hace levantar razonables sospechas sobre omisiones de información; y 3) el gran número de casos en los que el abuso simplemente no se denunció⁷. Por otra parte, el número total de víctimas se estimó en cerca de 11.000 niños, niñas y adolescentes, aunque autores posteriores han estimado que la cifra real debiera estar cercana entre las 40.000 a 60.000⁸.